

de las reparaciones y la reconstrucción económica de Europa. Ni trataré tampoco de las cuestiones de fronteras, ni del pacto de garantía entre los Estados contra posibles agresiones futuras...

No. Mi propósito es otro. Cualquiera que sea la suerte de la Alemania oficial, del Reich, lo único que importa a la verdadera civilización, lo único que interesa a los amigos de esa civilización verdadera, es que, sobre este caos, vuelva a flotar, incólume, más que incólume, purificado y engrandecido, el luminoso espíritu germánico, el espíritu filosófico, científico y artístico, el espíritu de Leibnitz, de Kant, de Goethe, de Beethoven y de Einstein; la auténtica cultura alemana, sin la cual mermaría el tesoro ideal del mundo y quedaría mutilada el alma de la Humanidad.

Pase lo que pase, es necesario que quede vivo el espíritu de la vieja Germania. Lo decimos nosotros, los antiguos amigos de la Alemania intelectual, en los tiempos en que la excomulgaban los reaccionarios españoles. Lo decimos nosotros, los enemigos del cesarismo alemán durante la guerra, cuando los reaccionarios españoles se rendían de admiración. Repetámoslo ahora, fieles siempre a los mismos principios; pensando en Goethe, que, en el campamento sajón, frente a los cañones galos, tuvo la sinceridad de proclamar su amor a Francia, y, recordando a Renán, que en el sitio de París, bajo los cañones prusianos, tuvo el valor de reiterar su amor a Alemania. Cualquier discordia profunda entre Alemania, Francia y la Gran Bretaña es una amenaza a la civilización de Europa.

Alemania—escribía Dostoyevsky— es la protesta eterna contra el espíritu romano, protesta que encarna en Arminio; después, en Lutero, y que se renueva más tarde contra los herederos de aquel espíritu, los pueblos de nuestro Occidente. Mas no ha llegado Alemania—según el gran novelista ruso— a formular su propio ideal, un ideal capaz de sustituir al viejo principio romano.

Podrá ser... Pero lo que interesa al mundo, al orbemoral, es que convivan

noblemente el espíritu latino y la protesta germánica, con toda la riqueza de sus respectivos matices, y que el alma germana dé también todos sus frutos, y que, a su hora, el genio eslavo, que en el propio Dostoyevsky fulgura como una lívida aurora temblorosa, entre, por su parte, en el universal coloquio, y que, luego, el renacer, ya iniciado, de las antiguas civilizaciones de Asia y Africa nos abra de nuevo las puertas de oro del Oriente...

Decís bien, amigo doctor Mulertt. Distintos son todos los hijos del gran Dios. Lo que importa es que ninguna voz falte en la armonía de la común familia. «Los alemanes—díceme también el profesor de Halle, melancólicamente—no tenemos puertos en el Mediterráneo que nos traigan un poco del aire y divino sol del Mediodía.... No florecen en nuestro país ni el olivo ni la higuera. No podemos tener ese

carácter encantador que otros pueblos poseen...»

¿Y por qué no, amigos nuestros de la Germania pensadora e idealista, enamorados de la luz del mundo clásico? Los que tanto debemos a vuestros filósofos y vuestros poetas no repudiaremos la herencia recogida en las aulas de vuestras viejas Universidades. Florecen en vuestro suelo el fuerte castaño, el oscuro abeto y el tilo romántico... Cada pueblo da su propia nota. Tiene su peculiar fisonomía cada uno de los hijos del gran Dios. Lo único necesario es que las manos de todos se junten sobre la tierra para la obra universal. Como cantó vuestro Leibnitz:

Hallar el bien común no será fácil,
mas sólo si concordamos laboramos.

LUIS DE ZULUETA.

(La Libertad, Madrid).

Ensayo sobre la caricatura

I

EL Arte, como movimiento interior del alma, es desinterés, ecuanimidad. Como objeto tangible, expresión del ritmo. Las artes puras, poesía lírica, música, pintura, son la simple exteriorización de una intuición desinteresada:

«Yo escucho nada más y dejo abiertas de mi curioso espíritu las puertas; los versos entran sin pedir permiso»....

Decía nuestro Manuel Gutiérrez Nájera, artista, dicho sea de paso, de tan selecta fantasía y privativa originalidad, que en balde buscaríase otro en la historia de las letras castellanas que debiera llamarse antepasado suyo. Gutiérrez Nájera inaugura en la lírica española lo que podría apellidarse la sensibilidad poética mexicana.

Regularmente, el autor de obras de arte no reflexiona u opina sobre la vida, la refleja; no dogmatiza, canta; no critica, expone. El poeta abre las

puertas de su alma y se le entran los versos, es decir, la existencia material y espiritual hecha poesía. El músico también ofrece sus sentidos virginales, «como cinco vastos y profundos mares», al ritmo universal. Un músico puro, Haydn, Mozart o Schubert, es el ritmo cósmico que invade un espíritu humano y lo hace sonoro como el viento de la mañana hacía cantar la estatua de Menón.

El pintor, para emplear la frase áurea de Leonardo, «trasmútase en tantos colores como se le ponen delante». Por esto, cabalmente, tan formidable trabajo psíquico como es la intuición poética, musical o pictórica, resulta inconsciente. Por esto también, los artistas de genio han parecido siempre iluminados misteriosos que reciben de Dios un mensaje directo y terrible, que luego difunden por el ánimo atónito de las gentes, como Moisés recibió, entre rayos y truenos, las Tablas de la Ley en la cumbre del Sinaí.

He aquí todo el secreto del Arte: interiormente, psicológicamente, compenetración con la vida, desinteresada visión o audición; y, al exterior, selección de un ritmo del mundo que se expresa en la obra. El Universo entero es bello. Tan hermoso es Cuasimodo o Falstaff como el David de Miguel Angel: un enano de Velázquez iguala en perfección al Apolo de Belvedere.

Como en ella habremos de actuar, la vida nos veda atender a la obra de Dios. Si pudiésemos desentendernos de nuestro pequeño trabajo cotidiano

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA